

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Número suelto, 10 céntimos. — Anuncio, 25. — Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

LA INDIFERENCIA

Es la que nos ha perdido. Desde la restauración acá, nada de lo que otras veces nos conmovía y nos movía ha logrado fijar nuestra atención más de 24 horas. Debemos culpar por esto al país? Indudablemente. Pero quizás no tanto como lo hacemos.

El país vió durante años y años que la ley, la justicia, el gobierno amparaban al poderoso contra el débil, al rico contra el pobre, al influyente contra el desamparado; oyó hablar de negocios sucios; contempló fortunas improvisadas; se convenció de que todo se compraba y se vendía, y que había tarifas para reunir votos como para torcer conciencias; comprobó que los puestos se alcanzaban por favor, y el favor por dinero; y se dijo: «¿qué ayuda á éstos contra aquéllos, si todos son iguales?»

El país vió á gobiernos que abandonaron cobardemente el puesto á la muerte de un rey; á gobiernos que dimitieron asustados ante un motín de subtenientes; á gobiernos que entraban ó salían, según cuadraba á un soldado de fortuna; á gobiernos que acordaban injustas indemnizaciones por ligereza y á gobiernos que las pagaban por miedo; y todo esto, unido á la inmoralidad, mayor cada día, lo fué apartando de la cosa pública.

Elevaron la incapacidad servil, alentando la apostasía interesada, premiando la procaacidad, los hombres de la restauración enseñaron al país á prescindir de todo lo que eleva y dignifica. En tanto que la libertad fué un ideal, estuvo el país pronto al entusiasmo y al sacrificio; desde que vió á la libertad convertida en alcahueta de la reacción, no por propio impulso, sino porque á ello la obligaron para prostituir y desacreditarla, el país sintió hacia ella la rabia del que se cree engañado, sin dejar de adorarla para sus adentros.

Y por consecuencia de esto, cayó en la indiferencia, y buscó sensaciones en lo estragante y lo anormal, distracción en lo pequeño. Los sucesos que en otros tiempos le hubieran lanzado á una revolución, pasaron casi inadvertidos para él. La misma guerra de Cuba, con ser tan terrible, apenas si le preocupó. Recibía la noticia de un combate con menos interés que leía el relato del crimen del día ó la cogida de un torero. Mientras no supo á ciencia cierta lo que había sido del *Reina Regente*, sintió curiosidad; después sólo vió en la catástrofe un pretexto para fiestas, caritativas, pero fiestas al fin.

En suma, el país carece hoy de ideales; el religioso, que le han impuesto, ni es ya ideal, ni lo siente, ni lo quiere. El Dios de los obispos que tienen 20.000 duros de renta, palacio y coche, no es, ni puede serlo, el Dios de un país hambriento.

Y aquí vendría bien el preguntarle á los hombres de la restauración:

«¿Qué habéis hecho de aquel pueblo de la revolución, que se apasionaba por toda idea generosa? ¿Qué de aquellos hombres que se olvidaban de su interés para correr á la plaza pública á oír hablar de derechos, de reformas, de democracia? Las agitaciones de la opinión, injustificadas á veces, pero siempre honradas y sanas, ¿por qué no las vemos hoy? ¡Ah! Porque habéis puesto especial empeño en ahogar ó empujear toda manifestación noble y elevada; porque desde la restauración acá únicamente ha encontrado estímulo la inmoralidad; porque habéis alimentado al león con carne podrida. De ahí su postración, de ahí su indiferencia.

Pero él despertará. A lo mejor tiene sacudimientos que delatan su ansia por ver algo grande, algo viril, algo suyo. Zaragoza, Castellón, Valencia, Vinaroz y otras poblaciones lo han demostrado últimamente.

Por esto, y aún cuando en ciertos instantes nos domine el desaliento, debemos confiar en que un día se salden las cuentas de un cuarto de siglo. Y ese día será aquel en que *El Himno de Riego* y *La Marsellesa* se dejen oír por esas calles, pues ese día, que anunciará el fin de tanta farsa y tanta podredumbre, hará ver á los que nos han perdido, que la paciencia del país tiene un término, y que se equivocan los que, por verlo indiferente creen que ha abdicado, ó por verlo dormido que está muerto.

José NAKENS

lagoso á fuerza de erudición barata, tan lógica afirmación?

Para convencernos de que, después de las tremendas catástrofes sufridas, debemos ser buenos chicos y permanecer tranquilos y prudentes, con nuestras puntas y ribetes de cornudos á la usanza de aquel que, tras de haberlo hecho, se divertían apaleándolo y sacándolo á bailar, citan los firmantes del documento á Francia, Italia, Grecia, Estados Unidos, Hungría, Inglaterra, Suiza, Bélgica, Portugal, el Japón, el Algarbe, Burgos, Nájera, Aljubarrota; Diez de Gamez, cronista de Pedro Niño, Guicciardini, Gambetta, Alfonso X, el infante don Felipe el de Lara, Sancho IV, el príncipe Negro, Bulwer Litton, Fernando el Católico, Enrique IV, y no sé si alguna persona ó pueblo más. Nunca vi tanta erudición cursi puesta al servicio de idea más falsa.

Mas no hubiera yo intervenido en este asunto, á no encontrarme con que dos señores de los que firman el documento, Eduardo Gallán y Aniano Masa, pasan por republicanos, con la agravante el primero de desempeñar el cargo de Secretario del Comité provincial de la fusión republicana, organismo que acepta y proclama la revolución. Si fueran monárquicos todos los firmantes, el documento estaba en carácter y ellos en su terreno.

¡Pero firmar lo ninguno que de republicano alardee! ¡Condenar la revolución en un documento, cuando en otros se acepta!

Esto es ya la apoteosis de la desprecupación, del acomodamiento, de la falta de convicciones, y contra esto hay que protestar siempre.

¿Creen esos señores lo que se afirma en el documento? Pues renuncien antes de firmarlo á los cargos que desempeñan dentro del partido republicano y al título de tales. Nadie les dirá nada. Así como así, estamos tan acostumbrados á ver cambios, mudanzas y apostasías, que no íbamos á apesadumbrarnos por dos más.

Pero mientras pretendan pasar por republicanos, estamos en el derecho de exigirles respeto á las ideas, á los procedimientos y á todo lo que constituya la vida del partido.

Basta ya de farsas, de cuquerías y de tener dos ó tres naturalezas. O dentro ó fuera; ó blanco ó negro; ó con nosotros, ó contra nosotros.

Pues mientras no lleguemos á esta división, y transijamos con los que juegan con dos barajas, ni iremos á ninguna parte, ni valdremos nada, ni serviremos para maldita de Dios la cosa.

R. I. P.

Triunfó, dicen, en Parí, depositó en el Pilar la espada vencedora y venía derecho al Capitolio, cuando Cánovas le cerró el camino. Todo es en este mundo relativo, y la estatura moral del estadista difunto se agiganta comparada con la pequeñez de sus sucesores. Cánovas no tenía genio, pero sabía tener mal genio. Si no poseía genialidad, se permitía á veces oportunas genialidades.

Muerto el monstruo, vióse al general repatriado extenderse, crecer, tocar las nubes, recibir la alternativa de primat, imponerse en la política conservadora y servir en el Gabinete Silvela de hipoteca y garantía. ¿Qué había hecho para llegar á tanto? Publicó un manifiesto retórico, obra de pluma más maestra que la suya, ganóse el apoyo interesado de gentes listas, obtuvo adhesión de unos pocos, muy pocos, de nuestros caudillos elementos neutros. De entonces fué saludado como el regenerador, el salvador, el Mesías. Era César después de Farsalia; era Napoleón después de Brumario. La patria esperaba del grande hombre la solución de su gran crisis.

Cuando ciertas gentes dan en buscar un dictador, suelen tener sobrehumanas adivinaciones. Donde Diógenes no encontraba un hombre topan ellos con un genio detrás de cada esquina. Nada anunciaba en el general *cristiano* las extraordinarias dotes que necesita un redentor. Historia política nunca la tuvo. Sus cualidades militares no excedían de la mendianía. En ninguna parte se había distinguido como administrador. En concepto de gobernante no tenía en su abono sino el fasilamiento de Rizal y otros hechos análogos que nos granjearon para siempre el odio irreconciliable de los filipinos. ¡Cómo, con tal bagaje, llegó ese hombre á las alturas! Punto es este delicado y oscuro. El gran Lorenzana diría: «*Misterios!*»

En siete meses de colaboración en el Gobierno vaticanista el regenerador ha hecho obra medrada. Suscitó con su regionalismo indiscreto las veleidades del separatismo reaccionario. Intentó formarse un partido en el ejército resucitando el viejo caudillaje. Quiso realizar en la milicia la selección de todo lo retrógrado á expensas de todo lo liberal y democrático

que otros han consumado ya en la magistratura, en el profesorado, en la administración pública, donde quiera. Se constituyó en órgano y representante de los intereses de clase frente al interés general. Esterió cuanto pudo la labor de las economías. Osó formular, en circunstancias como las actuales, la pretensión exorbitante de un enorme presupuesto extraordinario, destinado á inútiles defensas. A esto se ha reducido la regeneración que, al decir de sus prosélitos, se traía embotellada el místico soldado.

Los jaleadores más entusiastas del cristiano general ponen ahora el grito en el cielo clamando desengaño. ¡Desengaño! Para sufrir una decepción hay que engañarse previamente. ¿Y quién ha podido forjarse ilusiones acerca de las excepcionales dotes del caudillo regenerador? ¿En qué empresas se habían probado? ¿Qué antecedentes las abonaban? ¿Qué atisbos permitían adivinarlas? Mucho nos hemos burlado de la ligereza de una parte de la plebe francesa, empeñada en ver en Boulanger algo así como un héroe del porvenir ó un César en hierba. Pero al fin el Boulangerismo era, en parte al menos, popular, y su extravío dimanaba de la sobreexcitación de un gran sentimiento nacional. Todo esto ha faltado al Boulangerismo oficial y reaccionario de por acá. Los que ahora confiesan su propio indiscutible error no deben olvidarle como lección para el porvenir.

Hay ocasiones en que no es lícito equivocarse. Nunca se lamentará bastante la influencia nefasta de esa parte de la prensa, poderosa sobre lo poquito que aquí aún queda de opinión, cuando por interés, por impresionabilidad, por neuritis, por lo que quiera que ello sea, exalta ó deprime las reputaciones, agranda ó achica á los hombres, proclama los éxitos y declara los fracasos, todo según el antojo del momento, poniendo alternativamente delante de los ojos de esta imbecil burguesía que dirige sin saber y gobierna sin pensar, cristales de caprichosas tallas, propios para alterar la forma y las proporciones reales de los hombres y de las cosas.

Descance en paz el polaviejismo, santa gloria haya, seale la tierra ligera, y felicitemos todos de la muerte prematura de ese engendro político sietemesino, si con él queda enterrado para siempre el pretorianismo loyoleseo que nos amenazaba con una alianza entre la espada y la cogulla no menos temerosa y funesta que el viejo pacto tradicional entre el trono y el altar. Y hagamos votos porque el brazo armado de la patria, sin pertenecer á ningún partido, se halle inclinado siempre para caer, cuando fuese necesario, del lado de la libertad.

ALFREDO CALDERÓN

El gobierno francés va á presentar á las Cortes un proyecto de ley para expulsar á todas las órdenes religiosas que no se hallen autorizadas por leyes anteriores. La medida obedece á los trabajos que realizan contra la República.

Que venga nadie á decirme, después de esto, que en España no hay libertad.

Aquí hacen los frailes lo mismo que en Francia, además de embrutecer á la juventud y salear al verbo divino, y no nos metemos con ellos.

Hay quien sospecha que lo hacemos con la misma intención que dejamos engordar á los cerdos. Y por mi parte sentiría que esto no fuese verdad.

¿SI LO VEÍA UN CIEGO!...

Cuanto el gobierno conservador le ha ofrecido un puesto, Weyler, ese general tan adulado por ciertos republicanos, y con los cuales se ha puesto al habla muchas veces, aunque sin soltar prenda ninguna, se ha apresurado á aceptarlo.

Nunca he creído en él, ni jamás me hubiera de él fiado. Y esto no lo digo ahora, que se ha ido con los conservadores; lo dije en 28 de Mayo de 1898 cuando era el ídolo de gran número de republicanos, en este artículo, titulado: *¡Basta ya de Weyler!*

«A los que todavía suponen que Weyler puede hacer algo para llegar á dictador, voy á darles un disgusto refiriéndoles esto que me aseguran que ha dicho:

«Soy teniente general y tengo una gran cruz pensionada que me completa el sueldo de capitán general; aunque no tan rico como se cree, poseo fortuna envidiable; y no voy á comprometer todo esto en una calaverada. Si un día estallara un movimiento revolucionario, y triunfara, y me necesitara, podría contar con mis servicios.»

Como se ve, ese general no quiere comprometer carrera ni posición, como en épocas diferentes lo hicieron aquellos de los tres cuartos que se llamaron O'Donnell, Prim, Serrano, Dulce; pero en cambio ofrece, con abnegación sin límites, sacrificarse comiéndose las castañas que otros pudieran sacar del fuego, y á los que adjudica de antemano el papel de cándidos é infelices.

La que no advierte el previsor y precavido general, es que después del triunfo no soberan, no Weylers, sino generales menos disquisidos y de los que no pudiera decirse que, imitando al ranciero del cuento, ofrecen carne de puerca á todos los parroquianos. Entonces habría donde escoger, y habiendo donde escoger, francamente, me da el corazón que ningún republicano se fijaría en el general de los 130 butos.

Si ahora no quiere montar á caballo (y hace muy bien desde el punto de vista de la disciplina militar), y se reserva para pescar las truchas á bragas enjutas, de sentido común es que los republicanos que hoy tratan de crearle una leyenda, ya sea

de buena fe, ya por fingir importancia entre los demás, ya para darse á sí mismos la caba de que son terribles conspiradores, cesen en su interesante ó inocente labor; que hora es ya de que acabe ese chisme revolucionario, que sólo sirve para embaucar á los buenos creyentes.

Más aún: aunque Weyler quisiera comprometer carrera y posición, no encontraría en el ejército quien le ayudara; cuenta con los mismos coroneles con mando que yo; y en cuanto á generales, de fijo que ninguno se comprometería por él. Su historia militar la tienen muchos; en política ha coqueteado y parece que aún coquetea con todos; su nombre resulta repulsivo en el extranjero y en España no es muy simpático tampoco. Y siendo así, ¿á dónde íbamos con ese hombre, aun cuando efectivamente él quisiera ir á alguna parte?

Dejen, pues, en paz á ese hombre los apreciables correligionarios que en él esperan; déjenle tranquilo disfrutar su sueldo de capitán general y su pingüe renta; déjenle que, á falta de otras condiciones, conserve la de ser fiel al juramento que ha prestado. Si; que cumpla con este deber, por si su conciencia pudiera acusarle de haber olvidado algún otro en su larga y accidentada vida.

En fin, ¡basta ya de Weyler!

Repito hoy cuanto dije en ese artículo, añadiendo:

Tan torpe es el gobierno que piensa en Weyler, como lo fueron los republicanos que lo halagaron. Un hombre de sus condiciones no lleva nada á ninguna parte donde va; si acaso, lo contrario.

En fin, que he acertado una vez más, en contra de mis cándidos correligionarios. ¡Que desgracia esta, de ver claro casi siempre!

En plena misa y con todo el coraje y rencor de un cura que fué contrabandista y es carca, gritó el de Riego de la Vega que estaba ya declarada la lucha entre liberales y católicos en toda España, y que en nombre del Sagrado Corazón, pedía la guerra.

Entróse después á inventar milagros de las placas, asegurando que quien la pusiera en la fachada de su casa nada tendría que temer, en este mundo ni en el otro.

Como todo esto me parece muy propio en un cura de su calaña, me guardaré bien de censurarle, no sea que vaya á tomar un berrenchín y deje viuda á Feliciano, el ama á quien tanto quiere y mimas.

Igualdad ante la ley

En el número 31 de *El Motín*, correspondiente al 9 de Septiembre último, anuncié que había comprado una placa del Corazón de Jesús, para colocarla á la puerta que da á la calle en la casa donde está la redacción; pero que desistí de hacerlo por ser enemigo de buscar ruidos, sin perjuicio de exhibirla cuando viese que en otras puertas las ponían y la autoridad las toleraba.

Y ese caso ha llegado.

En la puerta del hotel de la calle de Mendizabal, esquina á la de Quintana, ha colocado la vizcondesa de Enrique una placa. Al avisarlo un ciudadano en el Gobierno civil, contestóle un empleado que, en vez de mandarla quitar, se enviara una pareja de orden público para protegerla. Como efectivamente se mandó.

Por esto, porque la redacción de *El Motín* esté bien guardada y por cumplir además la palabra que dí, el sábado de esta semana, si la de la calle de Mendizabal permanece en la puerta, colocaré mi placa en la puerta también. La ley debe ser igual para todos, y deseo, en la medida de mis fuerzas, hacer honor prácticamente á ese principio.

Ahora, si aquella desapareciera, me guardaré bien de poner la mía, aun cuando sean muy vivos y vehementes los deseos que tengo de hacerlo.

Y el que tenga ojos para leer, que lea, y autoridad para evitar perturbaciones, que las evite.

HUMO DE PAJA

Al sufrir España las recientes catástrofes que hicieron caer por tierra como inseguro castillo de naipes los prestigios tradicionales que se conservaban en nuestras viejas crónicas y leyendas; cuando los heroísmos épicos de Tarifa, Gerona y Trafalgar, tan decantados, quedaron oscurecidos por los sucesos tristes de Manila, Santiago de Cuba, y Cavite; cuando se vió que todo aquello que constituía la gloriosa tradición de nuestro pueblo se desvaneció con la pérdida de las Colonias, y la derrota material de nuestras fuerzas de mar y tierra, y la caída moral de nuestro nombre como país civilizado y moderno, cayóse en la cuenta de que era preciso, indispensable, variar de conducta, de sistema de vida, y hacer un cambio completo en todo el régimen social y político que con sus deficiencias y anacronismos nos había conducido á tanta desdicha, á tantas vergüenzas como esta nación ha sufrido en los últimos años.

La triste evidencia de los hechos, la lección á tanta costa recibida, impusieron como

necesidad perentoria hacer que desaparecieran las causas que habían originado tantos males, y que ya que éstos, como hechos consumados, no pudieran remediarse, nos pusieramos en condiciones de que en lo sucesivo no se repitiesen otros análogos.

Convínimos en que ya que se habían perdido los territorios de Ultramar, hiciéramos lo posible por conservar la Península, prosperándola y enriqueciéndola, como único baluarte y refugio de la nacionalidad española, antes extendida por el mundo nuevo, y hoy constreñida á este rincón de la vieja Europa, desde el cual aspirábamos á una regeneración que es fácil y posible que lleven á cabo los pueblos vivos y vigorosos.

Pero estos propósitos no han sido mas que ilusiones forjadas al calor de fantasías ardientes y de entusiasmos irreflexivos.

No habíamos contado antes con la irresolución de nuestra voluntad, con el decaimiento de nuestra raza, cuyo vigor se ha gastado en luchas impropias de la civilización del siglo y de las costumbres modernas. Aquí hemos agotado las fuerzas del cuerpo y las de la inteligencia en defender intereses dinásticos é ideas filosóficas y religiosas que ya sólo se defienden y se discuten en los pueblos que, fuera del concierto de las naciones ilustradas, van á la zaga del progreso.

Lo primero que para realizar aquellos propósitos debía haberse hecho era completa abstracción del pasado y no recordarlo más que para aprovechar las útiles lecciones de la experiencia, y en seguida emprender con decisión y firmeza la obra de reformar nuestros hábitos, nuestra constitución social y política, sustituyendo los viejos y fracasados organismos por otros nuevos que respondieran al objeto que se perseguía, y funcionarían con docilidad al impulso de las fuerzas que habían de dirigirlos hacia la anhelada reconstitución ó regeneración nacional.

En que esto era preciso estuvo todo el país unánime; todas las clases sociales así lo reconocieron y proclamaron; los mismos partidos políticos y los hombres públicos más afectos y unidos al régimen actual, señalado como responsable de las caídas y fracasos sufridos por España, confesaron en un principio que aquí era necesario realizar un cambio radical de conducta y de procedimientos.

Los partidos hicieron de esa necesidad nacional programa político de gobierno. El comercio, la agricultura y la industria motivo de energía y elocuente protesta. Los pensadores arma poderosa de propaganda. El país entero pretexto para demostrar su descontento. Mas á pesar de todo, no obstante esta arraigada convicción general, aquí ni por unos ni por otros se ha hecho nada. La indiosincracia de la raza se ha opuesto como dique fortísimo. El espíritu está amortiguado, las fuerzas aplanadas. La tisis individual en el tercer grado es incurable. Un pueblo que entra en el último período de la decadencia no reacciona.

Y no es esto pesimismo. Los hechos hablan más claro que los argumentos.

¿Qué se ha hecho aquí para salir de esta situación y realizar aquellos propósitos, con tanto entusiasmo concebidos?

El tiempo ha transcurrido y sigue su curso sin que por ninguna parte se vean síntomas que anuncien los comienzos de esa labor reformadora que ha de dar por resultado el cambio que todos reconocen que es indispensable hacer.

La política de los viejos partidos sigue su marcha tranquila con las mismas miserias, intrigas y componendas de siempre. Los organismos viciados y deficientes continúan su trabajadora é ineficaz función con todos sus defectos, anacronismos y anomalías inveterados. Todo el régimen político y social está aún existente y en pie á pesar de sus tremendos fracasos y de sus irreductibles antagonismos con todos los ideales y aspiraciones de la época actual. El clericalismo y la influencia ultramontana siguen asociados al poder, formando un Estado teocrático que pesa de modo insufrible sobre el país. En una palabra: todo, todo lo que era de necesidad absoluta haber sustituido, ó por lo menos reformado, está enhiesto, subsistente y dominando con todos sus congénitos defectos.

¿Qué queda, pues, hoy, de aquellos fugaces entusiasmos que surgieron á raíz de las últimas catástrofes?

Lo que queda después de la humareda de un montón de paja encendido.

Por lo visto el pueblo español se resigna á seguir unido á la carreta de sus tradiciones seculares y á marchar por el camino que le lleve la política teocrática vigente.

Bien va; pero cuando llegue al fin, cuando no pueda volver atrás, que no culpe ya á nadie de su triste suerte; nadie más que él será el culpable de su total derrota, porque el triunfo y la victoria no se alcanzan entregándose á la estúpida pasividad de la indiferencia.

José CINTORA

Como yo sospechaba, no todos los que felicitaron á Castelar en el Mensaje de las 100.000 firmas ¡che usted ceros!, están dispuestos á sumarse con los monárquicos. Puedo asegurar, porque he visto documentos, que algunos de los de más importancia han puesto como nuevo á don Joaquín Martín de..., por haberse

LAS DOS NATURALEZAS

La Liga Nacional de productores lanza una circular afirmando «que la idea, no ya de regeneración de la patria, sino de la existencia de la patria misma, iba unida á la idea de revolución.» y... ¿Qué más quisieron oír los individuos pertenecientes á la Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia, para indignarse y rechazar en un documento, bien escrito, pero mal razonado y empa-

dirigido, sin autorización suya, al general López Domínguez.

Ya me parecía a mí que no todos habían de convertirse en comparsas de Olas, tirando en una hora su consecuencia republicana de muchos años.

No son tantos como pensábamos los que están dispuestos a pasar por unos vividores políticos.

Menos mal.

Las Suegras de la caridad

Tiene razón *El País*: en la restauración se han dado muchas entidades inviolables, además de la monarquía, a saber: el obispo, el jesuita, la monja, el fraile y el general; pero inviolable entre los inviolables sólo una: la zafia y repulsiva hermanita de la Caridad. El dogma católico, la majestad misma de Dios pueden a veces ser objeto de ataques; pero no toquéis a la inmaculada, al ángel catalán o vizcaíno de los grandes pies y las ridículas tocas, porque seréis un monstruo público.

En la conciencia de los ilustrados y en el instinto del pueblo está grabada la afirmación de que la hermanita es un sér siniestro. Allí no se trabaja ni se lea; la habitación, de la cual sólo podían salir las reclusas para ir a vaciar el zambullo, hallábase sumida en las tinieblas.

Más aún que el calabozo nos espantaban otros castigos. A menudo, por una cosa baladí, por una nonada, a veces por un ójal mal hecho, la hermana encargada de vigilarlos nos hacía levantar en medio del obrador; cogía entonces un trapo, una tohalla, una servilleta, la propia camisa u otra cosa, y la mojada en agua, envolviéndonos con ella la cabeza y las espaldas hasta que no podíamos respirar. He visto aplicarse a una de mis compañeras, que estaba tísica, este castigo brutal. Cuando se le quitó de la cabeza el trapo mojado, echaba sangre a borbotones por la boca. Tres días después la enterraron.

Hay más todavía; cuando por cualquier motivo a las monjas se les antojaba que una de nosotras era «ligera de cascos», y se la quería «corregir», como decían aquellas buenas hermanas, se la obligaba a sacar las inmundicias. ¡Oh, caballero, parece que todavía me encuentro allí! Tuve que hacerlo dos veces. Tenían que extraerse de un pozo, con peligro de asfixiarse y de caer dentro de él. Con un cubo habían de llenarse dos portaderas. Cuando estaban llenas había que transportarlas. La segunda vez caí desvanecida sobre las inmundicias de la portadera, que al volcarse se espacieron por el suelo. Me sacaron de allí gravemente enferma, lo cual me valió reposar durante algún tiempo.

Había en la casa una niña de ocho a diez años, a la cual, a causa de estar enferma y sufrir una gran debilidad, se le iba el cuerpo en la cama todas las noches. Se la ponía a pan seco y agua y se la encerraba en el calabozo. La pobre no podía evitarlo; pero acaso esto le importaba algo a las monjas?

La pobrecilla cada día enflaquecía más, y he ahí todo. Entonces decidieron las monjas que se pudiese allí, sin cambiar las sábanas del lecho. Se la dejaba con las ropas y la camisa sucias, hechas un asco.

En invierno la infeliz temblaba. Día y noche vivía en la inmundicia, y sus compañeras de dormitorio, de obrador y de clase, sufrían tanto como ella misma. «¡Ah! decían las hermanas; ¡pues que no quiere enmendarse, que se pudra en su estercorero! Un día, en un acceso de furia, una hermana tomó un pedazo de pan, lo mojó en orines de la niña, y abriéndole violentamente la boca se lo embutió diciendo: «¡Toma, cómetelo; es tu porquería; cómetela!»

¡Hermoso! ¡Hermoso! Esto es amor, y caridad, y carne de presidio.

Estoy encantado de ver por tierra la leyenda de las atropelladas con tocas.

Ya era tiempo de que acabase tan indigna farsa.

El Ayuntamiento de Tafalla ha incoado expediente en solicitud de que sean suprimidas una escuela elemental completa de niñas de aquella ciudad y la auxiliaría de la misma.

Y ha hecho bien. Para ser monjas, hermanucas o beatas ¿qué falta les hace instruirse a las mujeres españolas?

Horrores del monjío

Relato de una asilada en los orfelinatos católicos de Francia, hecho a un redactor del periódico *L'Aurore*, el que publicó la carta del obispo de Nancy sobre el mismo asunto:

«A algunas de nosotras, dijo, las más vigorosas, se las obligaba a cavar, escardar y regar el jardín del convento, como si fuesen hombres. A las otras, a la gran mayoría, se las destinaba a labores de costura. Cada una de las asiladas debía dejar terminadas cada día por lo menos dos caritas de hombre.

Considero usted si es este trabajo pesado para una niña de diez a doce años. Hay que tirar de la aguja, sin descanso, desde la mañana a la noche para terminar la faena señalada, y muchas veces era imposible cumplir. Entonces empezaba para las infelices que no podían hacer el trabajo que les asignaban las monjas, un martirio perpetuo. Como tras el primer retraso en la labor seguía otro y otro, venía entonces el trabajo durante toda la noche, el no probar otros alimentos que pan seco y agua, y después el calabozo: una habitación lóbrega, de algunos metros cuadrados, demasiado baja para permanecer en ella de pie, sin aire y sin luz. En un rincón del calabozo veía-se una camilla con un jergón; nada de sábanas ni de mantas; la que tenía que acostarse allí en invierno, se helaba de frío. Por todo alimento unos zquetes de pan, y agua por toda bebida. Allí no se trabajaba ni se lea; la habitación, de la cual sólo podían salir las reclusas para ir a vaciar el zambullo, hallábase sumida en las tinieblas.

Más aún que el calabozo nos espantaban otros castigos. A menudo, por una cosa baladí, por una nonada, a veces por un ójal mal hecho, la hermana encargada de vigilarlos nos hacía levantar en medio del obrador; cogía entonces un trapo, una tohalla, una servilleta, la propia camisa u otra cosa, y la mojada en agua, envolviéndonos con ella la cabeza y las espaldas hasta que no podíamos respirar. He visto aplicarse a una de mis compañeras, que estaba tísica, este castigo brutal. Cuando se le quitó de la cabeza el trapo mojado, echaba sangre a borbotones por la boca. Tres días después la enterraron.

Hay más todavía; cuando por cualquier motivo a las monjas se les antojaba que una de nosotras era «ligera de cascos», y se la quería «corregir», como decían aquellas buenas hermanas, se la obligaba a sacar las inmundicias. ¡Oh, caballero, parece que todavía me encuentro allí! Tuve que hacerlo dos veces. Tenían que extraerse de un pozo, con peligro de asfixiarse y de caer dentro de él. Con un cubo habían de llenarse dos portaderas. Cuando estaban llenas había que transportarlas. La segunda vez caí desvanecida sobre las inmundicias de la portadera, que al volcarse se espacieron por el suelo. Me sacaron de allí gravemente enferma, lo cual me valió reposar durante algún tiempo.

Había en la casa una niña de ocho a diez años, a la cual, a causa de estar enferma y sufrir una gran debilidad, se le iba el cuerpo en la cama todas las noches. Se la ponía a pan seco y agua y se la encerraba en el calabozo. La pobre no podía evitarlo; pero acaso esto le importaba algo a las monjas?

La pobrecilla cada día enflaquecía más, y he ahí todo. Entonces decidieron las monjas que se pudiese allí, sin cambiar las sábanas del lecho. Se la dejaba con las ropas y la camisa sucias, hechas un asco.

En invierno la infeliz temblaba. Día y noche vivía en la inmundicia, y sus compañeras de dormitorio, de obrador y de clase, sufrían tanto como ella misma. «¡Ah! decían las hermanas; ¡pues que no quiere enmendarse, que se pudra en su estercorero! Un día, en un acceso de furia, una hermana tomó un pedazo de pan, lo mojó en orines de la niña, y abriéndole violentamente la boca se lo embutió diciendo: «¡Toma, cómetelo; es tu porquería; cómetela!»

¡Hermoso! ¡Hermoso! Esto es amor, y caridad, y carne de presidio.

Estoy encantado de ver por tierra la leyenda de las atropelladas con tocas.

Ya era tiempo de que acabase tan indigna farsa.

El Ayuntamiento de Tafalla ha incoado expediente en solicitud de que sean suprimidas una escuela elemental completa de niñas de aquella ciudad y la auxiliaría de la misma.

Y ha hecho bien. Para ser monjas, hermanucas o beatas ¿qué falta les hace instruirse a las mujeres españolas?

COSAS QUE SE VEN

He visto un pueblo castellano de unos cien vecinos, en el que hay una iglesia, un convento, una ermita y una escuela. La ermita, la iglesia y el convento están siempre abiertos; la escuela casi siempre cerrada. Es decir, que allí, por lo visto, la gente reza, pero no estudia.

He visitado un lugarejo en el cual una familia piadosísima no há mucho que cedió la mitad de su fortuna para reedificar una cierta capilla y permitió que se derrumbase un hermoso puente medio-aval que unía al pueblo con dos carreteras de primer orden. Con esto, hoy cuenta el pueblo de E** con una capilla restaurada, la que se puede visitar en barca, y las ruinas de un puente... No hace tres meses que pasando los carros necesarios para cierta ceremonia, se llevó la corriente impla al bote, a la cera y al que la pasaba.

He vivido unos días en cierto caserío a unas treinta leguas de Madrid, en el cual muchos de sus habitantes se dedican a carretería y conducciones, porque no pueden ni saben cultivar la tierra. Algunos, en cambio, recuerdan aún los toques y voces de mando de cuando sirvieron al rey.

Sé de cierto pueblo en el que vecinos y ayuntamiento andan siempre empeñados por múltiples concausas. El vecino echa la culpa al alcalde, éste al vecino y al gobernador, etcétera. Pero llega el día de la Virgen, y en-

tonces, por primera y única vez en el año, úense vecindario y ayuntamiento, y se compran dos toros para lidiarlos en comandita. Cuando llegan los apremios se acude a lo de siempre, a saber: el vecino al alcalde, éste al gobernador y al vecino, etc.

He visitado una capital de provincia en donde desde hace medio siglo que están enemistadas dos familias, y todo lo que intenta proyecta la una lo estorba la otra y recíprocamente. Tal enemistad ha echado por tierra varios grandes proyectos, entre otros la fundación de un hospital y la creación de una escuela nocturna, para obreros.

He asistido a una corrida de toros que sé dió en un cierto pueblo de la provincia de Guadalajara, en la que se mató al animal entre todos los vecinos. Hubo quien le pinchó con su propia navaja, quien le apaleó, quien le echó tierra a los ojos... Cuando el pobre bicho se murió definitivamente—porque estuvo muriéndose más de dos horas largas,—su cuerpo pecador fué en un instante desmenuzándose y repartido entre los mozos. Pasada la corrida, en poco más de diez días ocurrieron en el pueblo dos muertes—una de ellas por homicidio real y la otra por suicidio,—sin contar varias riñas de menos consecuencias. Como esto me dijeron no era allí frecuente, he de achacarlo a cualquier causa accidental, como exceso de calor, mala calidad de las aguas ó haber comido carne de toro. No se debe, pues, comer carne de toro.

He visto en uno de los muelles del Norte de España hombres que la mayor parte del tiempo no comen ni trabajan. Algunos, cuando el hambre les aprieta, pescan en un par de horas lo suficiente para comer aquél día. La mayor parte de ellos están casados y no viven con sus mujeres, que tienen que cargar desde los barcos y entrar en el agua a sacar el pescado, enseñando muchas veces a la chusma y a la marinería lo que no enseñarían a un sólo hombre en el propio hogar...

A lo largo del muelle he visto vagos en cantidad suficiente para repoblar media España—aunque de esta hecha quedará vacía—adiestrados única, pero maravillosamente en truhacerías y rapiñas. Los hay que no recuerdan haber trabajado nunca en nada. Hace esto doloroso contraste con lo que sucede entre las mujeres. Hay cargadoras que transportan como pueden canastas atestadas de mineral desde los barcos. Unas que transportaban un cargamento de mineral cobrizo lo hacían todo; llenaban los cestos, los conducían en la cabeza y conducían las carretas... El sudor de sus frentes con el polvo del cobre les pintaba el rostro de cardenillo...

He hablado con un repatriado civil que tuvo criados indios en Filipinas y que ahora conduce maletas en el muelle de Bilbao.

He tropezado con montañesas que amamantaban dos niños; uno suyo y el otro de una que se fué a criar y se lo había dejado.

(Y total anduve por ahí unas semanas)

En mi viaje de vuelta leía un ingeniosísimo escrito de Letamendi, que por cierto es en alto grado sugestivo, y recuerdo que uno de sus aforismos decía:

«Si las madres pudieran y quisieran criar durante todo el tiempo que fisiológicamente debieran, las generaciones resultarían más robustas, las mujeres se conservarían más, los varones se agotarían menos y los aumentos de población no llegarían a producir crisis económicas antinaturales que al fin se resuelven por guerras, pestes y exterminios.»

La aforística del gran pensador es de 1894, pero parece escrita algunas veces a vista de lo que sucede ahora y ha de suceder más andando el tiempo.

VIRATO DÍAZ PÉREZ

Madrid Octubre 1899.

En Mondragón (Guipúzcoa) han aparecido las placas del Sagrado Corazón de Jesús con señales de haber sido pinchadas con instrumento punzante, y culpan los cléricos a los soldados que llegaron allí aquel día.

¡Canallas! No pueden disimular el odio que guardan hacia los soldados desde que metieron en Francia a su rey.

Con seguridad que fueron ellos, los cléricos, los que se entretuvieron en pinchar las placas, para culpar después a los soldados.

Como yo fuera juez en Mondragón, muy pronto lo pondría en claro.

MILAGROS

Señor don José Nakens.

Muy señor mío: Ya suponía yo que un solo golpe no bastaría para quebrantar a un empedernido iconoclasta como usted, y no confíe en obtener su completa conversión por el sencillo milagro de los negros; pero algo es el que usted crea que, repitiendo la suerte con algún otro de mayor cuantía, podrán convertirse algunos lectores de *El Morín*.

Vamos, le pasa a usted lo que le pasó a don Emilio (r. e. p. d.) con la monarquía; él no quiso entrar en ella por un puntillo de amor propio ó por cualquiera otra razón, pero le entregó todas sus fuerzas para apuntalarla.

Por más que usted quiera disimular, se comprende la honda impresión que le ha causado el verídico relato de mi carta anterior. ¿Pero cree usted que no es bastante el pasar por el aire en compañía de negros, y el no comer ni beber, manteniendo robusto y sano el cuerpo sólo con el alimento espiritual de la confesión y comunión? ¿Tanto cree usted que falta para que nosotros vivamos sin comer ni beber, al paso que van las economías y vienen las aguas del Lozoya?

Los milagros no se dan todos los días, y no es tan añejo el de la santa de Benabarre, como usted con afecto desdeñe le llama, pues todos los milagros están frescos en la memoria de los fieles; y comparado el de Rosa Morán con los que nos da a conocer el *Año Cristiano*, que seguramente no ha leído, es como recién salido del horno, tanto más cuanto que no tuvo publicidad, quedando enuelto en el secreto del sumario, de donde yo lo he sacado por la piadosa simpatía que usted me inspira, sin que sea la de hacer catecúmenos misión de quien como yo no viste solana, ni pertenece a hermandad ni cofradía, ni toca pito alguno en ninguna iglesia. Pero me he propuesto traerle a buen camino, al que conduce más breve y directamente a la salvación de nuestra alma, por lo mismo que somos viejos y está más próximo el peligro. Recordará usted aquel general, que habiéndosele hecho observar que, disipar un cañonazo, el proyectil no llegaba ni con mucho a la posición ocupada por el enemigo, dijo con tono resuelto: «pues que disparen dos».

Si el primer milagro que he disparado a usted no ha llegado a herirle, le dispararé, no dos, sino dos ó tres docenas, y si no consigo que lo hagan polvo, le aturdirán y volverán loco, dejándole fuera de combate. Trato de apagar los fuegos de El Morín, que ya no es motín por sus ideas infelices, sino la peste esa de los habones que amenaza con no dejar un cura sano. Usted quería un cordón sanitario en la frontera de Portugal de curas y frailes con hisepos y rosarios, en lugar de estufas; pues yo opondré a la invasión herética de El Morín un cordón de vírgenes y santos y un rosario de milagros, sin perjuicio de las inyecciones de suero que suministren los laboratorios de los conventos, donde todo no es pedir, como usted cree, pues también da.

De haber leído usted el *Año Cristiano*, que yo, si supiera verificar, lo pondría en metros para llegar casi a Carulla, otras serían sus convicciones y otro grito le cauriera, sin que yo tuviera que sudar la gota gorda para salvar a usted contra su voluntad, porque sería una victoria gloriosa para mí, y yo ambiciono la gloria de aquí y de allá. Tampoco habrá usted leído obra alguna mística de esas que derraman la luz sobre nuestra oscura y limitada razón. Habrá usted preferido las obras de Voltaire, Rousseau, Volney, etc. Este último con sus meditaciones sobre *Las Ruinas de Palmira*, ha hecho más daño a la religión católica que hicieron las bombas explosivas americanas sobre nuestras pobres escudrías. Y esclavo de esas lecturas ha surgido El Morín, y yo, aunque me tenga usted por Quijote, saigo a la defensa de las ideas religiosas y de los curas, que son sus representantes genuinos y autorizados intérpretes. Vamos ahora a los milagros, que usted desconocerá ó habrá olvidado y es bueno recordarlos, limitándome a citar a usted algunos de esos que no tienen vuelta de hoja, pues sucede con ellos lo que con las monedas, que las hay legítimas y falsas; pero así como son buenas las primeras porque salen de los troqueles de la Fábrica Nacional, son de buena ley y deben admitirse sin desconfianza los milagros cuyas narraciones hayan pasado por la censura eclesiástica. Tenga usted, por lo tanto, mucho cuidado con las falsificaciones. Legítimo es el del santo Cristo de Balaguer tallado por el propio Nicodemo, y que atravesando a loto los mares remontó contra la corriente el Ebro y después el Segre, arribando a su derecha orilla frente a un convento, donde acudió la comunidad en procesión para recogerlo y alojarlo en un precioso camarín, en el que yo tuve el gusto de contemplarlo. No menos auténtico es el de la tinaja de miel de la Virgen de Guadalupe, que por más que los fieles sacaban el dulce nectar siempre estaba llena, porque manaba naturalmente, es decir, por un medio sobrenatural. (1) Así podría citar otros muchos, más ó menos conocidos, antiguos ó modernos, pero todos de la misma fuerza y eficacia, para que nuestra razón se someta a la autoridad de la Iglesia, única depositaria de la clave de la misteriosa intervención divina en los asuntos de una parte de la humanidad, que poco importa sea la más pequeña, si es la mejor. Mas ahora caigo en que iba a dar a usted cuenta de las observaciones hechas por la comisión, en la Santa de Benabarre, y con el éxtasis que me embarga hablando de estas cosas, se me ha ido el santo al cielo. Si usted quiere lo haré otro día, porque esta epístola resultaría demasiado lata, y, abusando de la bondad de usted, acaso comprometiera el éxito de mi caritativa empresa.

De usted afectísimo atento s. s. q. b. s. m.

ODON CARO

¡DURO EN ELLOS!

Signen algunos honrados ultramarinos, cafeteros, carniceros y demás regeneradores (?) estafando al público en la calidad de los géneros que expenden, y envenenando de paso a alguno que otro individuo. En la semana última han resultado intoxicados otros cuantos, por comer boquerones en putrefacción.

El procedimiento adoptado por las autoridades, no remedia ni remediará el mal. Llevar a un juicio de faltas a esos ladrones con vistas al asesinato, nada resuelve. Los condenan, pagan la multa y continúan su labor tranquilamente, sacándole al público por malas artes el dinero que dejan en el Juzgado.

Por lo tanto, a la cárcel con ellos, sin admitirles fianza; un cartel en letras muy gordas a la puerta de sus tiendas, y a alimentarlos exclusivamente de los productos que expenden.

¿Que para hacer algo de esto hay que forzar el sentido de alguna ley? ¡Qué importa! La que en España no está forzada, está estuprada. Así, nada de escrupulos de monja. Ante el peligro de que una población perezca envenenada, no debe haber más ley que la de salvación pública.

Duro, pues, en esos bandidos.

De usted afectísimo atento s. s. q. b. s. m.

ODON CARO

¡DURO EN ELLOS!

Signen algunos honrados ultramarinos, cafeteros, carniceros y demás regeneradores (?) estafando al público en la calidad de los géneros que expenden, y envenenando de paso a alguno que otro individuo. En la semana última han resultado intoxicados otros cuantos, por comer boquerones en putrefacción.

El procedimiento adoptado por las autoridades, no remedia ni remediará el mal. Llevar a un juicio de faltas a esos ladrones con vistas al asesinato, nada resuelve. Los condenan, pagan la multa y continúan su labor tranquilamente, sacándole al público por malas artes el dinero que dejan en el Juzgado.

Por lo tanto, a la cárcel con ellos, sin admitirles fianza; un cartel en letras muy gordas a la puerta de sus tiendas, y a alimentarlos exclusivamente de los productos que expenden.

¿Que para hacer algo de esto hay que forzar el sentido de alguna ley? ¡Qué importa! La que en España no está forzada, está estuprada. Así, nada de escrupulos de monja. Ante el peligro de que una población perezca envenenada, no debe haber más ley que la de salvación pública.

Duro, pues, en esos bandidos.

De usted afectísimo atento s. s. q. b. s. m.

ODON CARO

Montjuich místico

Las Hermanas de la Caridad ¡oh qué ángeles! En todas partes son lo mismo; pero en Barcelona y en los «Espíritus Parientes».

(1) Esto es claro y cualquiera lo entiende, como dice Fernández y González en los «Espíritus Parientes».

lona, sobre todo las que mangucean en la cárcel de mujeres, se exceden a sí mismas en crueldad y malas pasiones.

Por la falta más insignificante encierran durante 15 ó 20 días a las presas en lóbregos calabozos; algunas han estado hasta 40. Una, llamada Francisca Nadal, permaneció una quincena en un calabozo por haberse negado a oír misa el día de su ingreso en el establecimiento.

Ya en los calabozos, se les recarga el castigo con cualquier fútil pretexto, sometidos a un régimen alimenticio de pan y agua; ha habido reclusa que por espacio de once días ha sufrido esta bárbara agravación de pena, hallándose en la más completa inanición al serle levantado el castigo.

No se tiene reparo en golpear cruelmente a las reclusas ni en imponerles otros castigos humillantes, entre ellos el de besar el suelo y hacer en él cruces con la lengua, lo que, si se tiene en cuenta la forma en que se propagan terribles enfermedades, constituye un verdadero delito.

El régimen carcelario a que están sometidas contribuye poderosamente a que entre ellas se den frecuentes los desarreglos nerviosos, que, por lo general, se manifiestan en forma de ataques epilépticos más ó menos caracterizados. Esto da margen a que se desarrollen escenas horribles en los calabozos.

Los llamados de castigo miden unos tres metros de largo por uno y medio de ancho; su altura es aproximadamente la misma que su longitud. Toda la ventilación la reciben por una ventanilla de tres centímetros de largo por unos veinticinco de anchura, y como esos antihigiénicos otros no se abren más que dos veces al día, a las horas de distribuir el rancho, permaneciendo abiertos muy pocos minutos, el aire hácese allí irrespirable por lo enrarecido y pútrido. En aquel ambiente, que en grado sumo predispone a la exaltación del ánimo, contraen unas reclusas enfermedades de carácter nervioso, en otras recréense las que sufren, y a todo esto, las culpables de inhumanidad tanta, son Juana y sus adláteres, importunables, tranquilas, aconsejan a las demás presas que se dediquen a la oración «para lograr que Dios se apiade de aquellas desventuradas y las perdone»; procedimientos hipócritas en la forma é inquisitoriales en el fondo. ¿Qué diferencia hay entre el proceder de esas cárceles con toca y el de un sayón del Santo Oficio?

Infeliz ha habido que en el calabozo sufrió en un mismo día tres violentas crisis nerviosas, sin que nadie acudiera en su socorro, por más que al revolcarse por el suelo profería desgarradores gritos. Algunas se han ocasionado heridas al dar contra las paredes y el embalsado del calabozo. A la hora de llevarles la bazofia, háse visto que estaban descalabradas ó que tenían el rostro ensangrentado, mas no se ha dado al hecho la menor importancia, y aquellas desventuradas han seguido purgando en aquel estado el castigo impuesto por las piadosas discípulas de San Vicente de Paul.

Cuando en los calabozos de castigo hallábase varias reclusas y a alguna de ellas le sobrevienen accidentes, acostumbran las otras a gritar y golpear las puertas en demanda de auxilio; mas inútilmente, porque nadie acude a socorrer a la que sufre, por horribles que sean sus padecimientos. Tal sucedió no ha mucho con una mujer llamada Emilia Galindo. Otra presa, Micaela Sáez, fué acometida de un ataque nervioso al saber que se le había impuesto un castigo, y sin miramiento alguno fué casi a rastras llevada al calabozo, donde se la dejó, sin inspirar a sus religiosas carceleras la menor compasión.

Y sigan la explotación, la barbarie, la Inquisición y la impunidad.

Que por este camino llegaremos... a subditos de la nación que se tome la molestia de venir a civilizarnos.

¡Y viva la religión de nuestros mayores!

¡PROFANACIÓN!

Os bastó, mercaderes de la idea, ver que la humanidad se redimía, y ansiosos de poder y tiranía hicisteis de la cruz clerical tea.

Sois más cobardes que la vil ralea queapuró del Gran Martir la agonía; ellos hicieron Dios al que moría; en vuestras manos Dios fué una presa. Ellos jugaron, como estaba escrito, la tónica de Dios después de rota; pero vosotros, al odioso grito de fanatismo, que el cerebro embota, de esa tónica hicisteis sambenito, disfrazando al Calvario de picota.

G. NÚÑEZ DE PRADO

EL HOMBRE DEL SAGO

Hace algún tiempo recorre los pueblos inmediatos a Talavera un tío, a quien algunos llaman *el hombre del sago*, otros el *Padre José* y algunos *el hombre de Dios*; usa melena, barba, tiene unos cuarenta años y se dice que es dueño de las salinas de Espartinas y de la barriada de casas que hay junto a la plaza de Toros, aquí en Madrid.

Su indumentaria consiste en una camisa, una blusa, y una especie de sayal ó hábito que le cuelga de los hombros, todo muy raído. Va descalzo de pata y pinrel, con la cabeza descubierta, y lleva un saco al hombro.

Se me olvidaba un detalle. Como todos los santos, conduce unos rebañes de pichos que lo acreditan de uno de nuestros primeros ganaderos... místico marranos.

Come poco, generalmente uvas, melón ó patatas fritas, y duerme dos ó tres horas diariamente, en el suelo, y sobre una vieja... estera.

Cuando llega a un pueblo predica, las dos primeras noches en la plaza pública desde las nueve a las doce y desde las tres de la mañana hasta las seis; la tercera noche se la pasa toda barbarizando.

Durante el día llena a los niños la cabeza de patrañas y se pasa en la iglesia dos ó tres horas, unas veces de rodillas y otras a cuatro pies. A los tres días sale para otro pueblo con su saco y sus pichos.

Del dinero que, según se dice, recibe de su casa en grandes cantidades, ni el mismo diablo sabe lo que hace; hay quien sospecha que lo emplea en la propaganda carlista.

Las gentes lo escuchan con gran respeto y veneración, van en procesión tras él, á veces de un pueblo á otro, y á pesar de lo intempestivo de las horas en que predica, nunca le falta público.

Escasado es añadir que, yendo sucio, hiriendo en piojos y rebuznando al aire libre, tiene por fuerza que perpetrar milagros. Y los perpetra. Allí van algunos.

En Gamonal.—Al salir del pueblo vió á una mujer lavando; pidióle jabón para lavar su camisa, ofrecióse á hacerle ella, él no lo consintió, retiróse tras unas matas, y volvió con la camisa lavada y seca, blanca como la nieve y con una barra de jabón de seis libras de peso, que regaló á la mujer.

En Velada.—Lo escuchaba una mujer con un niño de cuatro meses en los brazos; éste berreó; la madre quiso marcharse; el del saco le rogó que no lo hiciese, pues el niño callaría; á los pocos segundos se desprendió el llorón de los brazos de mamá, corrió hacia el de los piojos, le besó la mano y volvió sin chistar al regazo materno.

En Celer.—Un riacachón envió sus criados en día de fiesta á traer ladrillos en cuatro carros, á pesar de las exhortaciones del hombre de Dios. A poco volvieron diciendo que los cuatro carros se habían roto.

A un mozo que no quiso confesar, le soltó una mula una cox que le partió un brazo. Confesóse entonces, y al terminar la operación se encontró bueno y sano.

En Talavera.—Al abrir el sacristán las puertas de la ermita de Ntra. Sra. del Prado, se encontró dentro al del saco, sin que haya podido averiguarse por dónde había entrado.

Otros milagros.—En una ocasión tuvo que pasar el río Tajo y las aguas se abrieron, como el mar Rojo ante Moisés, y atravesó el río sin mojarse las pezuñas.

Cuando predica aparece sobre su frente una aureola luminosa.

En un día de tormenta en que caían granizos como huevos de gallina, hizo que en el espacio ocupado por él y unos arrieros no cayera ni un solo granizo ni una gota de agua. Un perro, que se apartó un poco, fué muerto por una exhalación.

En algunas de las casas donde se ha alojado, al mirar los dueños por el ojo de la cerradura de la puerta de la habitación donde estaba el santo, la han visto iluminada por extraño resplandor y al del saco acompañado de otras dos personas.

Hasta aquí el relato, que corre impreso, de la Historia única y verdadera del Padre José (el hombre del Saco).

No me burlo de esos milagros; los creo tan auténticos como todos. Y á ver quien es el guapo que, después de esta declaración, se atreve á tacharme de impio.

Lo único que lamento es no ser gobernador de la provincia de Toledo, ó siquiera alcalde de uno de los pueblos por donde ese santo de la última hornada anda, para proporcionarle la ocasión de realizar otro milagro: el de escapar de la cárcel en que lo metiera, por loco, embaucador ó agente carlista.

SOBRE LO MISMO

He tomado á broma lo del hombre del saco, pero debería haberlo tomado en serio. ¿Qué puede esperarse de un país donde el 80 por ciento de sus habitantes son tan imbéciles y fanáticos como los de esos pueblos inmediatos á Talavera; y el 50 por ciento del 20 restante son hipócritas; y el 25 por ciento de esos 50 son cuacos ó vividores que no se atreven á protestar contra la avalancha de superstición y brutalidad que nos abruma, degrada y envilece?

País donde á final del siglo XIX pueden darse tales espectáculos, que acaso no se darían en los primeros siglos de la era cristiana, tiene mucho adelantado para ser invadido por las naciones civilizadas.

Algunas veces, en esta lucha de tantos años contra el fanatismo religioso, me he preguntado:

«¿Merece la pena de sacrificarse por los que, si en un momento de erotismo religioso me agarraran, serían capaces de hacerme trizas? Si los únicos que resultan beneficiados con esta propaganda se oponen á recibir el beneficio, ¿quién me manda perder el tiempo en una labor que nadie agradece y á nadie aprovecha? ¿Hay términos hábiles de luchar contra los que hablan el lenguaje que aviva las pasiones salvajes, y los que procuramos hablar el de la razón? ¿Merecen esas turbas de idiotas que un hombre que se ha redimido de la barbarie primitiva, se dedique á redimir á los que están de inteligencia al nivel del burro que montan? ¿No estoy representando un papel de perfecto imbécil combatiendo sin tregua á los que explotan la barbarie, en lugar de ponerme á su lado y partir con ellos la ganancia?»

Y siempre me he contestado al preguntarme eso:

«El único mérito de tu labor es ese: saber que trabajas para brutos, y continuar trabajando. Estar convencido de que no saben apreciar lo que haces, y seguir haciéndolo. Si otros no hubieran hecho hace siglos lo que haces hoy tú, serías tan animal como esos que fanatiza el tío del saco.»

Y ese razonamiento me devuelve las fuerzas necesarias para continuar deshollinando cerebros obtusos, sin conseguirlo sino en proporciones mezquinas, y viendo que muchos individuos, después de verse con el suyo deshollinado, se ponen al lado de los que se dedican á explotar la ignorancia.

Mas ahora oigo en la cuenta de que me

he puesto un poco serio, con vista á lo cursi, y voy á enmendar mi distracción preguntando:

¿Qué fe merecen los milagros que se han hecho en todos los tiempos, cuando hoy, con ferrocarriles, telégrafos, prensa, hay quienes la dan de habérselos visto hacer á ese tío del saco?

Nunca he creído en ellos, pero lo que es desde hoy en adelante...

Me seguirá ocurriendo lo mismo.

Se explica un amigo de Riontino que el coronel de El Morín se haya dado de baja, por la presencia de Cara Ancha (no el torero, sino el cura de ese apodo á quien tanto tuvieron que agradecer los obreros fusilados el 4 de Febrero de 1888); y también porque el 99 por 100 de los naturales de aquella villa pertenecen, ó á la hermandad del Rosario, ó á la del Corazón de Jesús, ó á la de Santa Bárbara, (á esta última por creer, sin duda, que es abogada de los bárbaros).

Me alegro que haya una persona de autoridad que confirme lo que yo sospechaba: que en Riontino hay también republicanos con boina.

En el buen camino

Señor don José Nakens.

Muy señor mío y estimado correligionario: Identificado con la política que desde hace tantísimos años viene usted propagando desde las columnas del popular Motín, política que se ha abierto paso por doquier existen republicanos verdaderos, de esos que prescinden de los clérigos, y que, por no adorar á ningún ídolo, hasta prescinden de las jefaturas impuestas por la rutina, he procurado y se ha conseguido en ésta, gracias al buen número de republicanos anticlericales que aquí vivimos, la formación de un Comité Republicano Radical, bajo las bases siguientes:

Primera. Los republicanos de Port-Bou acuerdan no hacer uso del sufragio electoral mientras haya monarquía en España, excepto en los casos siguientes:

1.º En las elecciones para concejales, pues quieren y desean continuar teniendo el ayuntamiento totalmente republicano, en bien de los vecinos todos de la localidad.

2.º En las elecciones para diputados á Cortes y provinciales, siempre que así lo acordaran todas las fracciones en que desgraciadamente se divide el pueblo republicano español, para acudir á las urnas garrote en mano á fin de defender la pureza del sufragio, no tolerando coacciones, ni atropellos, ni lupinadas, ni ninguna de las malas artes de que se valen los monárquicos, y decididos todos á defender por la fuerza la verdad del voto, y conseguir que ningún candidato republicano hiciera componendas, y si sólo que en cada distrito se emitieran todos los votos á los republicanos que tuvieran derecho electoral, y que ellos, sin faltar uno, salieran de las urnas, con lo cual se conseguiría hacer un recuento de republicanos dispuestos á apelar á la fuerza para defender su derecho, y se evitara el triste espectáculo de candidatos que, llamándose republicanos, apelan hasta á tener tratos con los monárquicos para salir diputados.

3.º Cuando el partido republicano español decidiera la elección de uno ó dos diputados republicanos, al objeto de que sólo fueran al Congreso, y allí, ante lo que debería ser la representación nacional, hacer el deber de la monarquía, decir lo que sería el gobierno republicano y retirarse á sus casas.

Segunda. Los republicanos de Port-Bou acuerdan otorgarse al partido republicano español para todo cuanto tienda á la revolución, única manera que, según su creencia, puede restaurar en España el gobierno del pueblo por el pueblo, y prometen no estar desprevénidos.

Tercera. Todos los republicanos de la localidad tienen derecho á tomar parte del Comité, siempre que estén conformes con las dos bases anteriores.

Estas son, señor Nakens, las condiciones en que nos hemos organizado los de esta anticlerical población, pues estamos hartos ya de tantísimo orador y de tantísimos... pocos hombres. Venga la revolución, única manera de restaurar la República en España; trágala quien la traiga, que á todos ayudaremos; propágase el movimiento en la forma que quieran los directores, que ya se cuidará el pueblo de hacerla como convenga, pues el caso es empezar.

Da usted altísimo seguro servidor y correligionario q. b. s. m.,

FEDERICO BASSOLS

Port-Bou Octubre 1899.

Si abundaran republicanos de esta clase, sería cuestión de poco tiempo el salvar á España. Los felicito, diciendo á los demás: «Imitadlos, ya que el camino que siguen es el verdadero.»

Felicitó á los amigos y correligionarios de Ciudad Real que han constituido la Sociedad Unión Librepensadora, por el valor y entereza que han demostrado. Pues ambas cosas se necesitan para oponerse cara á cara en los tiempos actuales á la asquerosa reacción que se ha apoderado de España.

Y si en algo puedo complacerles, cuenten conmigo.

Port-Bou Octubre 1899.

Si abundaran republicanos de esta clase, sería cuestión de poco tiempo el salvar á España. Los felicito, diciendo á los demás: «Imitadlos, ya que el camino que siguen es el verdadero.»

Felicitó á los amigos y correligionarios de Ciudad Real que han constituido la Sociedad Unión Librepensadora, por el valor y entereza que han demostrado. Pues ambas cosas se necesitan para oponerse cara á cara en los tiempos actuales á la asquerosa reacción que se ha apoderado de España.

Y si en algo puedo complacerles, cuenten conmigo.

Port-Bou Octubre 1899.

Si abundaran republicanos de esta clase, sería cuestión de poco tiempo el salvar á España. Los felicito, diciendo á los demás: «Imitadlos, ya que el camino que siguen es el verdadero.»

Fregatrices en auje

Por real orden de 12 de Junio, no publicada en la Gaceta, ha nombrado el ministro de Fomento directora de la Escuela Normal de las Baleares á la superior de la «Congregación de Hermanas de la Pureza», facultándola, además, para que ella, por sí y ante sí, designe libremente las profesoras numerarias y supernumerarias, la regente y las auxiliares de la escuela práctica, entre las hermanas de la congregación que estén en posesión, por lo menos, del título de maestras de primera enseñanza superior.

También se da atribuciones á la directora de dicha Normal para que nombre el personal administrativo y subalterno de la Escuela.

Además, el cargo de profesor de Religión de esta Escuela será siempre anejo al de visitador de la Congregación de las Hermanas de la Pureza; pero, en cambio, la Diputación y Ayuntamiento contribuirán al sostenimiento de dicha Escuela.

Luego de denunciar esto, añade El Magisterio Nacional:

«Al ver tales desprecios á las leyes del país, la pluma se nos cae de las manos, los sentidos se nos embotan y apartamos nuestra vista con asco de esa maquiavélica real orden de 12 de Junio último.

Esas hermanas puras é indudablemente vírgenes, son dentro de la enseñanza docente más que los rectores y más que el director general de Instrucción pública, puesto que ni éste ni aquéllos tienen facultades para hacer nombramientos cuyos sueldos pasan de 1.250 pesetas; y esas hermanitas pueden, desde luego, percibir el coste total de los gastos de la Normal de las Baleares y de su escuela práctica, material, etc., y dar la inversión que gusten.

Para el personal de las demás Normales del reino hay concursos y oposiciones pendientes. Para esas puras hermanas no hay más que el regalo que quiera hacerlas un ministro, y... ¡viva la regeneración!... y digamos: «¡allá van leyes do quieren Pidal!».

Comentando esto, exclama otro colega:

«Pero eso no puede ser; pero España no puede consentir que un beato odioso, ejerciendo de ministro, escupa á las leyes, atropellando todos los derechos del magisterio y las garantías de la instrucción de la juventud. No puede ser que, por antojos de un ministro, se coloque en la dirección del magisterio de una provincia á una mujer cualquiera, que puede ser una fámula á quien se ha disfrazado por los familiares del propio ministro con una toca para consumir su capricho.

Si mañana cae este Gobierno de polacos y se funda un Gobierno nacional, es preciso llevar á la barra á ese ministro; es preciso hacerle pagar, como á todos sus cómplices de la Diputación y del Municipio, ese brutal, cínico atropello de las leyes. Puede el marqués de Pidal destrozarse el pecho á golpes para dar satisfacción á su fanatismo; lo que no puede es hacer pagar á los españoles la enseñanza dada por fregatrices, á quienes les da el título cualquier tribunal de beatos, como enseñanza seria del estado laico español.

¿Cómo la prensa diaria calla ante ese cínico acto de polaquismo denunciado por un serio periódico profesional? ¿Es que por dar á conocer al público los heroísmos de Lagartijo y el Torero, no le queda espacio en sus columnas para defender las leyes y los fueros de la educación nacional?»

Bien hablado, pero perfectamente inútil.

Y en verdad no tienen la culpa los que tales atropellos cometen, sino los que se lo consentimos.

Si saben que recibimos los latigazos en el rostro con admirable resignación cristiana, ¿cómo no divertirse menudeándolos?

Los frailes van á establecer en Logroño una librería de gran lujo, un centro de suscripciones y una encuadernación. Me alegro, para que se arruinen los libreros liberales que no se atreven á vender libros picados de heterodoxia.

OTRO TIRTEAFUERA

La diócesis de Cuenca se parece á casi todas las demás en que se le unta el rabo al cochino gordo, es decir, que se acumulan los cargos productivos en unos cuantos clérigos, aunque se mueren de hambre el resto.

¿Pruébase? Allá van:

Don Pedro Rodríguez López, canónigo dignidad de Maestro escuela, tiene además de la canongía la dirección del Boletín y la representación de las preces á Roma.

Don Timoteo Hernández Mulas, doctoral, es también provisor; gana sobre gana; y además estas otras: delegado de capellanías, secretario del cabildo, protector de una pia memoria y profesor del Seminario.

Don Manuel Domínguez Ramos, canónigo, mayordomo del obispo, secretario de Viitis y vicesecretario de Cámara.

Don Juan García Orea, canónigo lectoral, profesor del Seminario, idem del Instituto, asignatura de Religión, á propuesta del obispo, que sin duda no tenía clérigo necesitado y apto á quien proponer, y protector, vulgo explotador, de otra memoria.

Don Salvador Dacarrete, beneficiado, fiscal eclesiástico, secretario de la Delegación de Capellanías.

Don Juan Gómez Redondo, beneficiado rector del Seminario y profesor del mismo.

Don Andrés M. Cañada, maestro de ceremonias, mayordomo, secretario, profesor del Seminario y capellán de las Hermanas de los Pobres.

Don Aniceto Domínguez, beneficiado, por oposición amañada, pues es un ignorante majuscúlo; administrador de Cruzada, vicesecretario capltular y candidato (porta-cola del obispo).

Don Atanasio Muñoz, beneficiado, rector del colegio de San José y capellán de otra institución.

Don Pedro Ortezabal, beneficiado y capellán de monjas (las Petras).

Don Policarpo del Amo, beneficiado y capellán de las monjas Benitas.

Don Francisco Ferrer, beneficiado, habilitado del culto y clero, ¡plañero! (encargado de las pizarras? ¡vaya por el título!) y capellán de monjas.

Don Sixto Muñoz, beneficiado, profesor del Seminario y capellán de monjas.

Don Esteban Relinchón, beneficiado, rector del colegio de Urdés, profesor del mismo y capellán.

Don Eugenio Villanueva, beneficiado y capellán de San Miguel.

Don Felipe Morales, oficial de la secretaría, contador diocesano, oficial del negociado de huecos (¿qué será esto? ¡negociar en huecos...!) y capellán de las Siervas de Jesús.

Hagamos punto, que ya basta para dar una idea clara del orden con que el polaquismo priva en Cuenca. La verdad que 57 destinos, todos retribuidos y muchos con manos pueras, entre 16 privilegiados, dicen más que dieciséis tomos de Derecho canónico... pisoteado.

De estos dieciséis favoritos de la fortuna, tres disfrutan no más que dos destinos cada uno; cinco disfrutan tres por barba, otros cinco se contentan los intelectos con cuatro destinos, hay dos que disfrutan cinco, y uno, el rey de los afortunados, que openca con seis ¡angelito!

Al ocuparse de esto El País, larga estos comentarios:

«Algunos de los destinos añadidos son de nómina por el Estado, y por lo tanto incompatibles con las canongías y beneficios según las leyes civiles además de los cánones. Entérense los ministros de Hacienda y Gracia y Justicia de si para esas ca-

pellanías de monjas figuran en nómina los aquí nombrados; si figuran, el robo es manifiesto; sino, será porque pobres clérigos se verán obligados á firmar como si fueran tales capellanes sin serlo y cometiendo un fraude por orden superior. Todo esto bien merecía un proceso y cayera quien cayera.

En cambio la mayor parte de las parroquias están abandonadas porque los curas se van á donde quieren y allí cobran la paga íntegra; no se proveen muchas coadjutorías de las cuales unas se comen los curas, otras las cobra el obispo y á nadie da cuentas. ¿Cómo arreglarán las nóminas? Lo mismo que las de las monjas.

En vez de reparar templos, el obispo ha hecho ya derribar los de Santa María, San Martín y San Miguel, en la capital, y otros en los pueblos. Hay pueblos donde muere la gente sin sacramentos por no hallar quien se los dé. Sacedonillo, Villar del Saz y Buenache se han visto en ese caso, pero las nóminas de esos pueblos las cobra alguien.

Hay una infinidad de clérigos muriéndose de hambre y dedicados uno á guarda de monte, otro á vender hortalizas, muchos á pedir limosna! En la capital hay 30 sin colocación ni pan, mientras 16 favoritos cobran 51 destinos.

La moral... El mayordomo del obispo, en vez de vivir con su familia, vive dando que hablar con unas monjas, viaja á menudo con la superiora y se divierte de lo lindo. S. E. tan contento. Pero hace poco reprendió á un clérigo por vivir con una mujer, y el reprendido le dijo que cuando el provisor dejara á tres que tiene, y guapas, dejaría él la suya. Fue castigado por insolente, y el provisor sigue dando buen ejemplo con sus tres mozas.

Encaja bien aquí, lo que varias veces he dicho: «¿Cómo no han de alabar á Dios los que tienen que agradecerle el que haya hecho al género humano tan imbécil que se deje explotar de esa manera, sobre todo en España?»

Esos curas de Cuenca, como casi todos los que monopolizan en todas las diócesis los cargos más productivos, podrían repetir en serio la frase irónica de Voltaire: «Si no hubiese Dios, habría que inventarlo.»

MAGDALENA DUGAS

Ya hemos hablado en otro número de esta víctima de las Suegras de la Caridad que dirigen la cárcel de mujeres de Barcelona.

El escándalo se ha acentuado desde que El Diluvio denunció el hecho, interviniendo ya en el asunto algunas sociedades y la colonia francesa, por ser francesa la víctima.

Preso hace 16 meses (la causa importa poco) se la ha sometido á crueldades horribles, por no ser clerical. Una de las Suegras, sor Juana, se constituyó en su verdugo desde luego.

Encerráronla en un calabozo de castigo, malsano en extremo, y allí la hicieron sufrir hambre, humedad, oscuridad, sed y malos tratos.

Enfermó, pidió asistencia médica y no se la concedieron. Encontró medio de comunicarse con otros presos, y así que esto se supo, fueron todos duramente castigados. Uno, sin embargo, logró que llegara una carta de la reclusa al cónsul francés, y otra á El Diluvio.

Conocido por el público el atentado, la Liga de señoras, Progresiva femenina, envió una comisión que visitase á la reclusa; aunque con trabajo, lo consiguió, pero las hermanas dejaron sin eficacia la visita. La pobre enferma dijo á las señoras que estaba bien, pero haciéndoles señas de que menta por miedo.

La prensa aprovechaba todos los medios de escribir con lápiz en papel y en la materia que podía, arrojando escritos por ventanas y tragaluces al exterior. En la visita de cárceles le impidieron hablar y quejarse. Un día la sorprendieron dormida y le dieron las mismas Suegras una paliza tremenda.

Los empleados de la cárcel y el director son casi todos carlistas, incluso el médico; éste, á pesar de esto, decretó que Magdalena pasara á la enfermería. Negóse la superiora de las Suegras, alegando que la presa no podía estar más que en el calabozo, donde debía consumirse por impia. Hubo un altercado entre Suegras y médico, disputándose palmo á palmo, en escena digna de buitres, los padecimientos que se habían de evitar ó no á la presa. Por último accedieron las soras á instalarla en el cuarto de los cadáveres! inmediato á la enfermería, aunque en ésta hay camas desocupadas.

El cónsul, después de pensarlo mucho, ha visitado la cárcel, pero como es también neo, no ha estado á la altura de su misión, suscitando contra él quejas, protestas, y parece que una moción á la superioridad, por toda la colonia francesa, que está indignada.

El juez, que al fin ha tomado cartas en el asunto, no ha sido lo enérgico é independiente que se esperaba. La influencia de las Suegras acabará á todos.

El preso Pujol, interrogado por el juez, fué castigado por haber dado parte al cónsul; pero él se mantuvo digno, diciendo que había cumplido un deber.

Un diputado francés, M. Philippe Laloue, y un redactor de la Petite République, Laroux, de paso en Barcelona, han reprobado estas iniquidades y la actitud pasiva del cónsul, y han llevado á Francia una colección de números de la prensa que relata estos hechos, para que los conozca el ministro de Negocios Extranjeros, al que enterarán de todo.

La Asociación progresiva femenina prepara un mitin de protesta; los ánimos cada día están más indignados; se halla próximo un conflicto; pero la reclusa continúa atormentada y las Suegras triunfantes, fiando en el ministro de Gracia y Justicia y otras altas influencias.

Los cléricales, que tan poderosamente intervinieron en los horrores de Montjuich, sienten la nostalgia de la crueldad y hacen víctimas donde pueden.

Lo llevan en la masa de la sangre, como el tigre la necesidad de matar y destrozarse. Son poderosos é irresistibles los impulsos del instinto.

«Escriben de los Baños de Archena que existen cuatro médicos consultores que han establecido un comercio indigno y deshonroso para la moral médica, pues hay entre ellos quien da 8 reales á los cocheros y tartaneros por cada bañista que les lleven á consulta, de los 10 reales que les corresponden de los derechos.»

Consideraciones sobre esto?

Que se debe este abuso á no haber dado la libertad profesional, como estableció González Bravo, contentándose con concederlela á los médicos de los pueblos donde radi-

can los baños; cuando lo que reclama la opinión pública, es que todos los médicos estén autorizados para ejercer sin profesión, y que los bañistas consulten con el que quieran, y aun dejen de consultar, suprimiendo para esto la papeleta obligatoria.

UNA DISPENSA

No había más remedio que obtener una dispensa de tercer grado de consanguinidad para que me pudiera casar con mi novia.

¿Dónde me dirijo para que la deseada dispensa sea conmigo? pregunté á un presbítero compañero mío y coparticipé de los abominables manjares que en una casa de huéspedes se padecían, y el clérigo me respondió prontamente: «á la Nunciatura.»

Dióme las señas; me diriji á la que sin duda por respeto al representante de Su Santidad se llama calle, debiendo llamarse callejón, y decididamente penetré por una gran puerta, en la que aparecía simbólico escudo formado por un ciprés y una estrella polar.

Atravesé anchuroso patio; entré, según las indicaciones del portero, por una puerta donde en italiano decía: «Abreviatore, Abreviatoria» y me encontré en una habitación pequeña, cubierta por estera, en que los pies de los clientes habían abierto grandes boquetes; empapelada de antiquísimo papel blanco tornado en gris obscuro por el polvo de varias generaciones, y embellecida por las puertas de pino, pintado de color de chocolate barato, de un enorme armario empotrado en la pared.

En sillones de madera, que debían constituir un tormento, se sentaban los sacerdotes encargados de la oficina; las mesas donde escribían eran de magrísima madera y aparecían cubiertas de polvo, papeles rotos y fragmentos de obleas sonrosadas; en el suelo había un número tal de colillas, que su aprovechamiento pudiera haber sido objeto de interesante subasta, y todo el aspecto de aquella oficina, el de una Delegación de policía recordaba.

—¿Es aquí, pregunté, donde se solicitan las dispensas matrimoniales?

—Sí, señor, me contestó un sacerdote de hasta cuarenta años, de pálido color, escaso pelo y distinguidos modales.

—¿Haría usted el favor de decirme cuánto costará una de tercer grado de consanguinidad?

—Esas hay que pedirías á Roma.

—¿No se conceden aquí?

—No, señor, á menos que estuvieran dispuestos los contrayentes á pagar la tarifa.

—¿Ahí aquí hay tarifa?

—Sí, hay tarifa, y pagando se logra obtener las dispensas antes; ó de otra manera: el Nuncio no tiene facultad para dispensar el tercer grado, pero, mediante la entrega de cuarenta duros, empieza á tener facultades y dispensa ese grado y todos.

—¿Admirable poder del dinero!

—¿Qué quiere usted? La Santa Sede necesita vivir de la piedad de los fieles.

—Bueno, pues daré los cuarenta duros.

—Entonces haga usted la solicitud.

—La traigo hecha, mirela usted.

Guardó el cura la solicitud, despedime cortés y quedé en que al siguiente día volvería á bascar la dispensa.

Volví, en efecto, pero me anunciaron que la solicitud había ido á informe del obispo de Madrid.

—Tiene usted que esperar que envíen ese informe, me dijo el amable sacerdote de poco pelo.

Volví á los dos días. —«No ha venido.»

A los tres días. —«No ha venido.»

Me fui á las oficinas del Palacio episcopal, y allí supe que cuando el Nuncio pide informe al obispo, éste no contesta sin que el interesado pague un duro, y si no paga, el Nuncio se queda sin contestación.

No dejé de extrañarme el procedimiento. Psgué, no obstante, el duro y me volví á la Nunciatura con la solicitud informada.

—El caso es, hube de añadir, que mañana mismo me teugo que ir al pueblo y me convendría que ustedes me mandasen allá el documento.

—No puede ser; debe usted dejar encargado á un agente que lo recoja y lo pague.

—¿Vaya por el agente!

—No le llevará más que un par de duros por sus servicios.

—¿Otros dos duros?

—Sí, señor.

—Bien, los pagaré sobre los cuarenta.

Biblioteca de "El Motin,"

El dolor universal

POR

Sebastián Faure

temido deducir de él la llamada ley de salarios. En esta ley de salarios el lector hallará la demostración completa en el capítulo 1.º del tomo 2.º de esta obra.

Basta por ahora que, sin preguntarse siquiera por qué es así y por qué no es de otro modo, se reconozca que la tasa media del salario corresponde con la cantidad indispensable al obrero para atender estrictamente a las necesidades de su existencia. Es un hecho de realidad tan patente y tan fácil comprobación, que creo que nadie pensará en discutirlo. Si cuando el asalariado trabaja gana justamente lo preciso para vivir, es decir, que no ahorra nada cuando tiene la fortuna de ir al taller, se encuentra sin recurso alguno en el momento que tiene la desgracia de ser despedido.

He sentido que el desarrollo del industrialismo expulsa de la fábrica un número de trabajadores cada día más importante, y sería preciso desconocer las leyes de la oferta y la demanda para no ver que el ejército de los sin trabajo, engrandeciendo fatalmente cada día, pesa más y más sobre el salario y le hace bajar forzosamente.

La multiplicidad, la violencia y el carácter colectivo de las huelgas no tienen otro origen. Ocurre forzosamente en esta disminución gradual de la *mercancía trabajo*, que los proletarios, obligados a realizar la venta de esta mercancía, única que les ha dejado la clase capitalista, no teniendo cuenta, se cansan de producir cada vez más para recibir cada vez menos, y antes de inclinarse ante una nueva reducción o trabajar en condiciones tan poco ventajosas, convienen en deponer la herramienta para echar mano de la única arma que les permite la ley: la huelga.

Arma de dos filos, preciso es confesarlo, que a menudo hi-

re más gravemente a los que la emplean que a los que parece amenazar. Pero cuando los hombres han llegado a cierto grado de abatimiento, de rabia concentrada, de desesperación, y no conocen más que un medio de exhalar esa ira, de expresar esa desesperación, ¿debe extrañarse que recurran a ese medio, aunque sean ellos mismos los que sufran?

Porque no hay que engañarse: la miseria es la que hace las huelgas; el descontento es el que hace los huelguistas. Bien sé que gobernantes y patronos atribuyen invariablemente esos arranques de sublevación a los callados manejos de algunos agitadores, y no ignora que no falta gente que los crea por su palabra. Pero eso es una calumnia infame; y si un primer ministro pud' hablar de esos que él llamó *«los profesionales del motín»* (1.º de profesión que es lo mismo, y de quien no veo que se pueda sacar provecho), hoy está bien seguro que no existen *profesionales de la huelga*.

Por mi parte no conozco más que uno. Es una vieja pílula y descarnada, de delgados miembros, de cuerpo extenuado; va cubierta de harapos, su voz silba y semeja un exterior; tiene los ojos sin brillo y huraños; su busto se encorva bajo el peso de la vergüenza, tanto como bajo la carga de los años; tiene innumerables hijos, niños y viejos, muchachos y madres; traquetada sin cesar por gendarmes y polizontes, comparece todos los días en el banquillo de los acusados y sus pobres harapos bastan para que sea condenada implacablemente.

Nuevo judío errante, recorre hace siglos todos los países del mundo, pero esta mujer nunca tiene cinco céntimos en el bolsillo, porque su nombre es: *Miseria*. Ella es la que inspira la sublevación, enciende la tea de la ira y tremola el pendón de la huelga. Aquí está el *profesional de la huelga*; no busquéis otros.

Progreso al revés, mortífera división del trabajo, insuficiencia de los salarios, huelgas cada vez más frecuentes, ¿y este es el balance doloroso del acaparamiento de los instrumentos del trabajo? No, me queda aún que hablar de un fenómeno muy extraño y con frecuencia mal comprendido: el exceso de producción. Cuando un trabajador produce 20, el que paga el salario le deja 4; (1) en otros términos; cuando por su trabajo da a la materia en que emplea sus esfuerzos veinte francos más de valor, el patrono le deja 4 ó cuatro francos como retribución. Esta exigua cantidad, limita, como sabemos, el con-

(1) Estas cifras son hipotéticas y el lector comprenderá que son también forzosamente variables, no sólo por la naturaleza y el modo de producir, sino que también por la producción misma, que al tiempo que mejora los instrumentos de trabajo y modifica las necesidades de la vida y el precio a que se compran las cosas.

sumo del asalariado; y entonces éste, que añade a la producción general una actividad correspondiente al valor de veinte francos, no puede pedir al patrono más que una cantidad máxima, representada por una suma de cuatro francos. La relación entre su consumo y la producción es de 1 a 5 y no obstante de diez francos.

Si estos dos términos; 20 y 4 representan, por ejemplo, la cuota diaria, es evidente que en el caso de que el jornalero trabajara 300 días al año, ese beneficio de 16 francos se elevaría al lindo total de 300x16=4800 francos por año. No es menos evidente que la maquinaria, perfeccionándose y multiplicando sin tregua el beneficio indicado, progresará en la misma proporción, y que si por consecuencia de esto, lo que produce el trabajador sube a 40 francos al día, permaneciendo estacionado su salario, la relación entre los dos términos que nos ocupan, producción y consumo, será de 4 a 40 francos, ó sea de 1 a 10, y el exceso de producción se elevará diariamente a 36 francos, anualmente a 36x300=10.800 francos.

No debe ocultarse que en el sentido de esta progresión es como la evolución se produce, y que las industrias en que no se ha llegado a este exceso, no tardarán en alcanzarlo.

Así, pues, hay, sólo en Francia, millones de productores, y, por tanto, si se multiplica por tres millones, cifra aproximada de los obreros de la gran y pequeña industria (1) esa cantidad de 10.800 francos, se llega a un excedente de treinta millones de millones por año, sólo en lo que respecta a producción industrial. Verdad es que si hay algunos millones de personas que produciendo 40 no pueden consumir más que 4, hay otras que produciendo cero consumen 40 ó más; pero las últimas están en minoría.

Calculando en dos millones el número de los consumidores que no producen (1) a los que generosamente atribuiré un gasto (productos industriales) de 10.000 francos por cabeza, llegamos a una absorción de veinte millones de millones, de cada treinta.

Es verdad igualmente que nuestra industria nacional, en busca de salida, se esfuerza en derramar lo que le sobra en los mercados extranjeros, pero ya se sabe que este esfuerzo no llega más que a cerca de 1.200 millones al año (2) y se ve

(1) En la suma es exactamente (estadística de 1897) de 3.151.181 personas, y se descomponen como sigue:

Industria gran:	Hombres.....	837.145
	Mujeres.....	468.773
Industria pequeña:	Hombres.....	1.024.091
	Mujeres.....	821.662
Juntos.....		3.151.181

(2) Esta suma es evidentemente exagerada, pero lo hago a propósito para dar más fuerza a mi argumento.

(3) He aquí las cantidades sacadas de las estadísticas oficiales del movimiento industrial en 1891.

que para llegar a 30 millones de millones, la distancia es muy grande aún.

Parece a primera vista que este exceso de producción industrial debería crear en el país un enviable estado de prosperidad pública, un bienestar general. Pues bien, gracias a la forma económica de nuestra sociedad, a este exceso de riqueza corresponde un exceso de miseria. Lista en este punto capital, porque explica muchas cosas y arroja sobre la incoherencia de las instituciones una luz muy especial. Comprendáse fácilmente que en tal juego los productos confiscados afluyan al mercado. Los pedidos del comercio se suspenden, porque entre la producción y el consumo se ha roto el equilibrio. La primera marcha a todo vapor y la segunda se detiene.

Luego no se produce por producir, sino por vender. El despacho de una mercancía es lo que determina una nueva producción de la misma. El vendedor ve amontonarse los productos en su almacén, acumularse en sus depósitos, y en vista del estancamiento de la clientela consumidora, se guarda muy bien de hacer nuevos pedidos al fabricante, antes de haber despachado la mayor parte de sus depósitos. El industrial, en la ausencia de nuevos pedidos o en presencia de mercados cada vez menos importantes, véase en la precisión de disminuir su producción y prevenirse. Este no resiste la crisis, líquida o quiebra y cierra su fábrica; aquí despiden parte de sus obreros; este otro los conserva todos, pero reduce las horas ó días de trabajo; aquel otro, en fin, suprime periódicamente la producción. En todos estos diferentes casos, el resultado no varía para el proletario industrial; es la disminución lenta pero gradual de su salario, es la estación cruda tres ó cuatro meses, es la suspensión forzosa del trabajo; es, en último resultado, esa serie de convulsiones periódicas, de sobresaltos, de sacudidas que hace pasar a la clase del exceso de trabajo al reposo absoluto, de la producción febril y prolongada a cruzarse de brazos.

El ilustre tribuno del socialismo alemán, Lassalle, ha resumido de un modo maravilloso, en unas cuantas líneas, los espantosos efectos del exceso de producción:

«El trabajo anterior, el capital, ahoga el trabajo presente. Los propios productos del trabajador extrangulan al trabajador. Su trabajo de ayer se alza contra él, lo echa por tierra y lo despoja de su trabajo productivo de hoy.»

He aquí lo que explica la posibilidad de ese espectáculo en cuya realidad no se creería si no saltara a la vista: bandadas

Objetos fabricados, Exportaciones francesas..... 1.814.933.000
Importaciones..... 657.728.000
Diferencia..... 1.157.205.000
(Mil ciento cincuenta y nueve millones doscientos cinco mil francos)

de harapientos, de descalzos, de hambrientos, sin albergue, cayéndose de inanición y muriendo literalmente de frío, desnudos en medio de un indescribible amontonamiento de riquezas, fruto de su trabajo.

Tal estado de crisis, sumamente agravado por la extensión de la maquinaria, es, digámoslo así, permanente hace ya muchos años; pero cada nueve ó diez, llega a su apogeo y determina un aumento de miseria que a menudo corresponde con el de las huelgas, sublevaciones, tumultos, insurrecciones y alzamientos.

En 1801, 1810, 1826, 1830-31, 1836-39, 1846-49, 1857, 1860-63, 1871-73, 1885-86, 1891-92 son las fechas de los grandes crisis económicas que, desde principios de siglo, han conmovido dolorosamente a Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania, los Estados Unidos.

III

Apropiación individual de los productos

Dependencia absoluta del consumidor para la satisfacción de una necesidad; monopolio; circulación inútil y costosa de multitud de productos; *chantage* comercial; intervención de la concurrencia; sus ventajas, sus peligros; falsificación de los productos; desajustes comerciales; viajes, publicidad, reclamo.

Los detentadores del suelo, del subsuelo, de los instrumentos de trabajo, son también propietarios de los productos de toda especie que resultan del empleo de aquellos medios de producción; tienen, por lo tanto, bajo su dependencia absoluta la población entera; porque si en la masa se halla cierto número de personas que se libran de ellos como asalariados, a nadie le es posible sustraerse a las necesidades de nutrición, albergue y vestido.

¿Queréis albergaros? Fuerza es que os dirijáis a los que poseen los inmuebles, y que paguéis con frecuencia, a precio muy alto, y no sin someterse a ciertas restricciones y responsabilidades vejatorias, una habitación exigua, sucia, negra é insalubre.

¿Queréis colocar los muebles necesarios en las pocas piezas que os han alquilado? Pues es preciso tener dinero en el bolsillo, discutir el precio de las camas, de las sillas, de las mesas, de los cacharros, de la vajilla, de todo lo indispensable.

Lo mismo sucede para vestidos; vestido, calzado, ropa blanca, se os dan al más alto precio posible y de la peor calidad que se encuentra.

Para alimentarnos la misma historia: pan, vino, carne, especias, legumbres, maníaca, huevos; hay que examinarlos, pesarlos, contarlos y regatear para que os roben algo menos. En una palabra, todos esos objetos, sin los que no se puede pasar, desde el más caro hasta el más barato, están clasificada-

dos, rotulados, tasados, y en las tiendas pequeñas como en los grandes almacenes, en los docks ó en los depósitos, se emboscan acechando al comprador. Las gentes sencillas se imaginan que quien necesita de un objeto cualquiera no tiene más que ir a buscarlo donde se cosecha, se recoge, se obtiene ó se fabrica. Pues nada de eso; en nuestra sociedad se tiene adición a las cosas complicadas. Cuando tan cómodo sería organizar algo en todas partes la producción agrícola é industrial, de suerte que se multiplicasen los medios de abastecerse, y, por tanto, evitar una circulación con frecuencia perjudicial y en todos los casos costosa; parece que, por el contrario, se inventan—otra consecuencia de la división del trabajo que prefiero señalar aquí, porque se relaciona con la idea que al presente desarrollo—para levantar obstáculos entre la producción de las mercancías y las poblaciones llamadas a servirse de ellas. En este orden de ideas, la división del trabajador ha particularizado las regiones como ha particularizado los individuos.

Tal región monopoliza tal industria, centraliza tal producción, y es preciso que todos los mercados vayan a alimentarse en aquel manantial, siquiera se halle a mil leguas de distancia. A la industria de transportes y sobre todo al comercio les va muy bien así. ¿Qué sería de aquellas y de éste sin esa feliz coincidencia? Casi nada. Pero la inmensa población que consume, sufre por ello. Aquí son los gastos de aduana, los derechos de consumo; allá el coste del transporte; en todas partes la evaluación excesiva por los descuentos sucesivos de esa turba de intermediarios por cuyas manos pasa la mercancía; de suerte que un objeto que vale dos francos en la fábrica, cuesta 1, 5, 6 ó 10 en casa del comerciante al por menor. ¡Si al menos ese sobreprecio se justificara por la adición al producto de una utilidad cualquiera! Pero sucede todo lo contrario. Esos viajes, con frecuencia muy largos, estropean fuertemente el objeto consumible.

No habéis visto alguna vez, al lado de un manantial cristallino á quichillas y rapaces ocupándose en construir pequeñas presas de tierra y hacer pozos, para tragarse luego sucio, indigesta, aquella agua que habrían podido beber tan sana, tan pura y tan fresca?

Eso hacen hoy los hombres: todavía los niños tendrían la disculpa de que ese juego les divierte y que ganan en placer lo que pierden por otro lado. Mientras veo claramente lo que el consumidor, es decir, el Señor todo el mundo, pierde con la locura que señala, me pregunto en vano qué es lo que gana.

Lo peor que hay en esto, es que los capitalistas, que lo valen

todo y son los únicos que fijan los precios en el mercado, abusan de que imponen sus leyes a los pobres diablos, lo mismo que sus precios, para obligarlos a pasar por sus horcas caudinas, tratándolos como a sencillos indígenas de Tonkin, de Dahomey ó de Siam.

«El que se halle sin domicilio, será condenado como vagabundo.»

«El que se exhiba con ropa insuficiente, será condenado por ultraje á las buenas costumbres.»

No hay aquí una especie de *chantage* monstruoso, que tiene por consecuencia obligar á las gentes, so pena de prisión, á habitar y vestirse, es decir, á dar rentas á los propietarios y beneficio á los comerciantes?

Acaso algunos lectores se sonreirán pensando, y no sin razón, que para obligar a la gente á albergarse y vestirse no hay necesidad de amenazarles con la detención, bastando de sobra el pudor, el amor propio y el sentimiento del bienestar, para impulsar al individuo á procurarse un techo y un vestido.

¡Pues bien, sea! Mas entonces ¿qué pensar de la ferocidad inhumana de esa ley que hiere á los desgraciados, sin defensa, porque no tienen medios de evitar sus golpes?

Siendo los propietarios los poseedores de los productos indispensables para la vida, podrían, sin disputa, fijar el valor de esos productos á precios exorbitantes, y condenar, por tanto, á la miseria más horrible a una parte de la humanidad. No necesito decir que si se ha pensado en dictar leyes contra los que no tienen casa ni hogar, no se ha soñado un instante en fijar el precio máximo de todo, y la sociedad descansa sobre el principio de libertad absoluta de comercio, dejando á los negociantes el cuidado de vender lo más caro posible y á los consumidores el de comprar lo más barato que puedan (1).

Pero la propiedad individual de los productos, es como toda medalla: tiene dos caras; lleva en sí su correctivo. Si divide la sociedad en dos clases, con intereses encontrados, divide igualmente á los poseedores entre sí, desencadena la guerra lo mismo entre las unidades que componen cada clase, que entre las clases mismas. A esta lucha de todo momento se ha dado el nombre de *concurrencia*, y es la que obliga a cada industrial á buscar mercados, imponiéndosele la necesidad de rebajar sus pretensiones, de restringir sus ganancias, so pena de ver los productos de sus competidores preferidos, circulando, vendidos, mientras los suyos no tienen salida. La misma concurrencia produce en el mundo comercial idéntico efecto y

(1) Existían, en verdad, algunas derogaciones particulares de ese principio general, pero estas excepciones no anulan la regla.

IV

La concentración capitalista

Consecuencia grave de la competencia: (a) en la industria—(b) en el comercio—ruina de la tierra; tráfago de los grandes almacenes—(c) en la propiedad territorial. Algunas cifras concluyentes. Papel de la alta banca. Concentración de capitales. Acaparamiento de ahorros, acaparamiento de la riqueza pública, estadísticas comprobantes. Consecuencia social de la concentración capitalista.

La concentración capitalista es ese fenómeno en virtud del cual tiende a condensarse toda la riqueza, á acumularse, á centralizarse en manos cada vez menos numerosas y cada vez más ricas. Por tanto, bajo el impulso de las fatalidades de la competencia es como el fenómeno se produce.

Esa ley terrible de la concurrencia que, asegurando la victoria al más fuerte, al mejor armado, pone á los que asalarien, so pena de muerte industrial ó comercial, en la necesidad absoluta de restringir lo más posible el salario de los que emplea, esa ley causa estragos en las filas de los propios capitalistas.

Cuanto que la concurrencia existía antes que se inventaran y utilizasen las máquinas; pero es incontestable que con la aparición y el desarrollo de la maquinaria moderna, ha revestido un carácter inaudito de intensidad y generalización. A una producción demasiado grande para las necesidades del interior y que bastan para alimentar las primeras materias recogidas en la comarca, ha tenido que responder la extensión rápida y colosal del mercado. Y esta extensión necesaria ha dado origen á una serie no interrumpida de transacciones que han ligado entre sí, no sólo las diversas partes de una nación ó un continente, sino las naciones y continentes diversos unos con otros.

El campo de la concurrencia, sintiendo idénticas necesidades, se ha ensanchado en las mismas proporciones, de tal suerte, que ese combate por la fabricación, el buen mercado, los medios rápidos de transporte y de circulación, gracias al vapor, á la electricidad, al aire comprimido y otras fuerzas naturales empleadas, se ha hecho más mortífero que nunca.

Así la competencia arroja unos contra otros á los capitalistas de todas las clases, de todas las naciones, de todas las razas. En ese choque repetido sin cesar y cada día más violento, los vencidos son cada vez menos numerosos, y sólo pisando cadáveres amontonados sin tregua ni piedad es como los *Five-Lille* y los *Cresus* en la industria de Francia, y los *Louvre* y los *Bon Marché* en el comercio al por menor parisién y hasta franceses, pueden dar á sus propietarios ó accionistas los beneficios que alcanzan.

El campo de batalla, lleno de cadáveres y moribundos, queda por lo que disponen de batallones más numerosos, de

máquinas de guerra más terribles, de los medios de transporte más fáciles, de las municiones más abundantes; así en el campo de batalla de la concurrencia, las municiones, los medios de transporte, las destructoras máquinas de guerra y los batallones, son la aglomeración obrera, la condensación industrial y comercial, y, en fin, la concentración de capitales de toda especie. ¿Y hay que preguntar ahora quienes serán los vencidos en esta lucha á muerte? Los pequeños capitalistas están ya condenados á morir. Van desapareciendo, y cada día trae consigo la ruina de un número mayor de pequeños industriales y comerciantes, aplastados por la implacable concurrencia. ¿Qué pueden la inteligencia, la habilidad, el trabajo de una carterita, contra la brutalidad, la ignorancia y la pobreza de una caja de hierro repleta de billetes de Banco, de cheques y de valores? Y para palpar mejor las consecuencias del nuevo orden engendrado por el capitalismo en la sociedad misma de los que dan el salario, procedamos como antes y estudiemos un ejemplo.

Tal industria, la molienda, pongo por caso, (1) comprendo en Francia (2), es un suponer, diez mil industriales; seis mil tienen molinos de viento, tres mil molinos hidráulicos y mil molinos de vapor.

¿Que estos números son hipotéticos? ¿Y qué importa? El razonamiento nada pierde por ello y conserva todo su vigor. Los que tienen molinos de viento, todos son pequeños propietarios, cuyo capital es tan escaso que no les permite comprar ó construir un molino al lado de una corriente de agua; los propietarios de molinos hidráulicos son igualmente industriales cuyo capital, aun no siendo tan corto como el de los primeros, no es bastante para hacer frente á los gastos que necesita la instalación de un motor de vapor de suerte que se puede representar la clase capitalista toda en este ejemplo, ó decir que el molino de viento es la industria pequeña, el molino hidráulico la industria mediana, y el molino de vapor la gran industria.

(A).—El aire es una fuerza caprichosa y esencialmente limitada: limitada también, aunque en esos restringida y en todo caso menos caprichosa, es la fuerza que se pide á las corrientes de agua. ¿Pero qué son esas fuerzas comparadas con la del vapor? Este puede, alimentado sin cesar, regularizarse, ser llevado al último límite. Que el viento deje de soplar ó sople dé-

(1) Tomo la molenda como podría tomar otra industria cualquiera: el hierro, la azucar, el algodón, los tejidos, la seda, la lana, el papel, etc., etc. Lo que es aplicable á esta industria, lo es evidentemente á todas las demás.

(2) Límite este ejemplo á Francia por no alcanzar sumas elevadísimas ó inverosímiles. Es asimismo evidente que este ejemplo debe generalizarse y que, siendo la competencia, como el mercado, completamente internacional, sus resultados no serán locales ó nacionales, sino universales.

(Continuará.)